

www.cuadernosdelaberinto.com



www.cuadernosdelaberinto.com

Carlos Augusto Casas

Leones en invierno



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
— COLECCIÓN ESTRELLA NEGRA, nº40—
MADRID • MMXXVI

De la edición © CUADERNOS DEL LABERINTO

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española:

© Cuadernos del Laberinto

www.cuadernosdelaberinto.com

De la obra © CARLOS AUGUSTO CASAS

Diseño de la colección © Absurda Fábula

© ALICIA ARÉS

www.absurdafabula.com

Fotografía del autor y Churripín © JEOSM

Ilustración de cubierta © Iñaki Villuti (Villuti Studios)



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está clasificado como papel reciclado.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Impreso en España por Copias Centro.

Primera edición: MAYO 2024

Segunda edición: JULIO 2024

Tercera edición: AGOSTO 2024

Cuarta edición: MARZO 2025

Quinta edición: SEPTIEMBRE 2026

Depósito legal: M-22046-2026

I.S.B.N: 979-13-87751-77-7



www.cuadernosdelaberinto.com

www.cuadernosdelaberinto.com

A mi padre

www.cuadernosdelaberinto.com

«Dales el infierno, Pike»

The Wild Bunch. Sam Peckinpah

«¿Puedes recordar quién eras antes de que
el mundo te dijera quién deberías ser?»

Charles Bukowski

www.cuadernosdelaberinto.com

Daba miedo. Poseía la delgadez maligna del filo de una navaja. A la heroína le gusta comer carne. La mirada famélica de los que siempre buscan, de los que siempre necesitan. Los pómulos estirando la piel de su rostro como dos puños enfundados en guantes de látex. Un cristal roto dentro de una bolsa de gominolas. La mujer no quería mirarlo, y sin embargo, sus ojos acudían siempre hacia aquella figura, como la lengua que busca la llaga.

El autobús ronroneaba, meciendo a los pasajeros en un sopor proletario. Transportándolos del trabajo al hogar, dos módulos de la misma prisión. La mujer seguía observando a hurtadillas al hombre delgado. Apoyado contra la ventanilla, trataba de disimular su nerviosismo sin conseguirlo. Fue entonces cuando se fijó: una mancha de color rojizo crecía en el bolsillo del pantalón de aquel tipo, oscureciendo la tela gris del chándal.

—Disculpe,—dijo la mujer señalando hacia abajo— creo que está sangrando.

—No es nada. —El hombre delgado la miró con saña mientras trataba de ocultar la mancha con la parte superior del chándal.

—¿Cómo que no es nada? Esa sangre vendrá de alguna parte. No sea tonto, si tiene una herida debería ir a que se la vean, hágame caso —intervino un tipo con pinta de albañil.

—¿Por qué no se meten en sus putos asuntos?

El exabrupto captó la atención del resto de pasajeros, que levantaron la mirada de las pantallas de sus móviles. Una bronca. Igual hasta tenían algo interesante que contar al llegar a casa. Cualquier excusa era buena para intentar romper el aburrimiento crónico de sus vidas.

—¡Autobusero, pare, que hay un hombre herido!

—Vamos a llevarte a un hospital y que te miren.

—¡Pero me quieren dejar en paz de una vez!

—¿Por qué no quieres que te ayudemos, qué escondes ahí?

El autobús se detuvo, abriendo sus puertas. El grupo de buenos samaritanos rodearon al hombre delgado. Intentaba sacar algo de su chaqueta cuando se le echaron encima.

—¡Soltadme, hijos de puta!

—Deja que echemos un vistazo a la hemorragia.

—Tranquilo, chaval. Igual no es nada.

El hombre delgado no dejaba de insultar y dar tirones intentando liberarse. Lo mantenían inmovilizado agarrándolo de ambos brazos. Los dedos se clavaban en su cuerpo magro como anzuelos.

—Yo soy enfermera —anunció una joven de pelo lacio disfrutando de su inesperado protagonismo.

—¡Que no me toques, hija de...!

La mujer palpó con cuidado la superficie del bolsillo en busca de la herida. Había algo dentro, dos formas rígidas, irreconocibles al tacto. Introdujo la mano y extrajo un pañuelo de papel empapado en sangre. La enfermera abrió el clínex despacio, como si se tratase de los pétalos de una rosa roja.

Tardó unos segundos en comprender lo que tenía entre sus manos. Eran dos dedos arrugados de anciana. Seccionados. Las uñas pintadas de un rosa apagado. Con dos anillos de oro cada uno, atascados en la carne.

—¡Puto yonqui de mierda!... ¡Cabrón!...

El autobús se llenó de gritos. Los pasajeros comenzaron a linchar al toxicómano. Todo el mundo quería participar, todo el mundo quería arrancar un pedazo del monstruo. Desesperado, el hombre delgado mordió una de las manos que le aprisionaban. Gritos de dolor. Uno de sus brazos quedó libre. Logró hurgar dentro de su chaqueta. La navaja mostró su brillante verdad abriendo un círculo en torno a él.

—¡Cuidado, tiene un arma!

—¡Que alguien llame a la policía!

Mientras unos gritaban y se defendían como podían, otros lo grababan todo con sus móviles.

—¡Conductor, cierre las puertas, que no se escape!

Al oír aquello, el hombre delgado se abrió paso con la navaja hasta alcanzar la salida. En ese instante, las puertas se cerraron atrapándolo por uno de los tobillos con sus mandíbulas metálicas. Desde el suelo, el toxicómano tiraba con todas sus fuerzas para liberarse.

—¡Arranque, arranque el autobús!... ¡Eso, arrastre por el suelo a ese malnacido!... ¡Que se deje la piel en el asfalto!...

Desde la parte trasera le llegó el sonido del motor poniéndose en marcha. Intentó liberarse de nuevo, empujando con los dos brazos y la pierna libre. Pero era imposible. Alguien le había agarrado el pie desde el interior y tiraba de él. Notaba

las manos, cada vez más numerosas, aferrándose a su tobillo. Los buenos samaritanos no le soltaban. Desesperado, trató de introducir la hoja de su navaja entre las puertas. La visión del arma hizo que los viajeros le soltaran. Entonces volvió a tirar, el autobús comenzó a moverse despacio. El asfalto convertido en un interminable papel de lija. Un tirón más, un poco más. Hasta que, por fin, las juntas de goma cedieron. Sonó como si le escupieran. En eso se había convertido, en un esputo humano. Y entonces corrió, con los insultos arrojados desde el autobús persiguiéndole. Corrió, sintiendo en la espalda los latigazos del miedo. Corrió, como la fiera aterrada que escucha la llegada de los cazadores.

* * *

Existen muchos sonidos metálicos. Pero ninguno tan cargado de significado como el de la puerta de una celda al cerrarse. Tiene algo de inapelable, casi sobrehumano, como la voz de un dios vengativo. A Salva le encantaba escucharlo mientras recorría los pasillos de acceso a la cárcel de Estremera.

Medía cerca del metro ochenta. Barriga incipiente, preludio del declive físico. Rostro endurecido y gastado por los años de calle, donde había visto demasiado horror, demasiada muerte, demasiada tragedia como para poder digerirla. Y se le había quedado atascada en la garganta, como una espina de la que no se podía librar.

—Tienes diez minutos. Ni uno más —advirtió el guardia civil que le precedía—. Si algún funcionario se entera de que

te dejo ver a un recluso sin notificarlo y sin que tu nombre quede en el registro, me crujen. ¿Te enteras?

—Lo sé, y te lo agradezco, Ferrer. No lo olvidaré. Hoy por mí y mañana por ti. Los dos pertenecemos al Cuerpo.

—No me vengas con esa mierda del Cuerpo. Tú estás en la Policía Judicial y yo vigilo este vertedero de basura humana. Paso mi vida con gente que nunca debió nacer. Está claro que no somos lo mismo.

Ferrer se dio la vuelta y le puso la mano en el pecho a Salva.

—Mira, si te dejo entrar es para que se te vaya toda esa mala sangre que tienes dentro. ¿Crees que no te he visto haciendo guardia en el parking, sentado sobre el capó de tu coche, con la mirada fija en la ventana de su celda? Sácatelo de la cabeza. Le pillaste. Ha cumplido su condena. Se ha comido siete años. Ya está. ¿Qué más quieres? Pasa página. Hiciste tu trabajo.

—Para ti solo es eso, ¿no? Un trabajo. Yo creía que nos dedicábamos a hacer justicia. A equilibrar la balanza. Aunque debo de ser de los pocos ilusos que aún se creen esa patraña. Envuelta en un vistoso papel de regalo para que parezca más bonita. Pero sigue siendo una patraña. La prueba es que con ese cabrón no se ha hecho justicia.

—Justicia es una palabra que nos viene grande. Yo la comparo con las nubes. Las ves ahí arriba, enormes y majestuosas. Y sin embargo, cuando te acercas a ellas para tocarlas, te das cuenta de que no puedes, se desvanecen, son solo vapor. Nada más. Mira, Salva, tú llevas más tiempo en esto que yo. Ves lo que pasa en la calle todos los días. El mundo no es justo. Nunca lo ha sido y nunca lo será. Y le gusta ser así. Es mejor

que no intentes cambiarlo. Porque si se enfada contigo, te destroza.

—Tú déjame diez minutos.

—Ni una gilipollez, ¿me has entendido?

—Te he entendido.

Ferrer abrió la puerta metálica de la sala de visitas. Una hilera de mostradores separados por pantallas de metacrilato. Ambos lados conectados por intercomunicadores. El olor a concentrado de sudor y desesperanza habitual de todas las cárceles.

—Escúchame. Pasa de esta mierda. Hazte una transfusión de whisky en un bar y acaba de una vez con esa mala sangre que te envenena el alma. Es peligrosa, hermano. La mala sangre nos vuelve locos. Consigue que te rompas todos los huesos del cuerpo de tanto chocar contra un muro, hasta que te entran ganas de meterte el cañón de un arma en la boca.

Salva ocupó uno de los asientos sin contestar, ignorando las palabras de su compañero. La puerta se cerró a su espalda. Al cabo de unos minutos apareció. Vestía un chándal de poliéster multicolor que se le ajustaba al cuerpo. Era evidente que había aprovechado los años encerrado para ponerse en forma. Algunas canas se emboscaban en su cabello y las arrugas formaban pequeñas telarañas a los lados de sus ojos. Por lo demás, seguía siendo el mismo malnacido arrogante de hace siete años. Al ver al guardia civil, una cicatriz siniestra se abrió en su cara en lugar de una sonrisa.

—¡Oh, venga ya! ¿Qué es esto? ¿Uno de esos programas donde reúnen a viejos amigos que llevan años sin verse?

¿Dónde están las cámaras? ¿Estoy bien peinado? —exclamó el recluso a través del intercomunicador.

—Yo también me alegro de verte. Sobre todo ahí dentro, que es donde mejor estás.

—Disfruta lo que puedas, hombre verde. Porque me queda poco tiempo de estancia en la jaula. En tres meses este pajarillo volará libre.

—Por eso estoy aquí, Alfredo, para decirte a la cara que voy a hacer lo que sea para que eso no ocurra. ¿Me oyes? Lo que sea.

—Oh, vamos, hombre verde. ¿Siete años por matar a una puta negra no te parecen suficientes? Te recuerdo que el juez me aplicó el atenuante de reparación del daño. Fui un buen chico y pagué 16.000 euros a los familiares de la negrita. En Sierra Leona eso es mucha pasta. Seguro que hasta se alegraron de que me la cargara. Aaah, el capitalismo es un gran invento, sobre todo para los que tenemos dinero. ¿No te parece?

—Se llamaba Edith Kamara. Primero la recogiste en el Parque del Oeste, donde ejercía. Una breve negociación a través de la ventanilla y se subió a tu coche. La siguiente parada fue en tu casa, en Boadilla del Monte. Allí comenzaron los golpes. Debiste tomarte tu tiempo por cómo le dejaste la cara. Pero eso solo fue el preámbulo, ¿verdad? Tenías otros planes para ella. Los puñetazos y patadas te aburrieron, así que decidiste apretarle el cuello hasta matarla para ver qué se sentía. Y ahora viene el detalle que define la clase de hijo de puta que eres. Porque después de cometer el crimen, te fuiste a dormir tan tranquilo con un cadáver a escasos metros de tu cama.

—Para que luego digan que el mal nunca descansa —interrumpió Alfredo bostezando.

—A la mañana siguiente —continuó Salva— había que deshacerse del cuerpo. Y se te ocurrió descuartizarlo en tu bañera con un cuchillo de carnicero. Debiste de estudiar algo de anatomía previamente porque fuiste directo a por las articulaciones, donde encontrarías menos resistencia.

—Es bueno acumular conocimientos. Uno nunca sabe cuándo pueden resultarle de utilidad.

—Ya solo quedaba guardar los restos en siete bolsas de plástico y arrojarlos en distintos contenedores. Como si ella fuera basura...

—No recuerdo nada de aquella noche, bebí mucho, debieron de darme garrafón, porque me sentó mal. Ya lo expliqué en el juicio. Esta conversación me está resultando muy aburrida. Mejor nos reímos un poco. ¿Quieres que te cuente un chiste? Es muy popular aquí dentro. Algo escatológico para mi gusto pero creo que te hará gracia. ¿Sabes en qué se parece un guardia civil a un moco? Los dos son verdes y en cuanto los tienes delante no piensas en otra cosa que en deshacerte de ellos. Aunque cuesta, porque son muy pegajosos. Como tú, hombre verde. ¿O prefieres moco verde?

—Puede que engañaras a los imbéciles que formaban el jurado, a los funcionarios o a los psicólogos de la prisión con ese cuento del error fatal, adornado con el necesario arrepentimiento ortopédico. Oh, yo no quería señor juez, bebí demasiado, fue un terrible accidente... Un hombre sin antecedentes, con trabajo de traje y corbata... Les dijiste justo lo que esperaban oír. Pero

a mí no puedes engañarme, yo sé lo que eres. Hablé con otras prostitutas, compañeras de Edith. Me contaron que también las montaste en tu coche. Un cliente habitual algo raro. Nada de sexo. Porque en el último momento ponías excusas para no tener que subirlas a tu casa. Te estabas probando, ¿verdad? Querías ver hasta dónde eras capaz de llegar. Pasito a pasito. Un poco más lejos cada vez. Hasta estar seguro. Y ese día llegó cuando elegiste a Edith. Cumpliste con tu deseo. Lo que siempre habías querido. Y ahora que lo has probado, no lo vas a dejar.

—Soy un hombre nuevo, hombre verde. A estrenar. En estos siete años he aprendido la lección. Me he reformado, como un piso de segunda mano. ¿No es esa la función de la prisión? Reinsertar a los condenados en la sociedad.

—En todo el tiempo que llevo en la Policía Judicial, nunca había encontrado un apartamento tan limpio como el tuyo. Hasta cambiaste las gomas del desagüe de la bañera. Todo era demasiado frío, demasiado calculado. No fue un arrebato de borracho. Lo tenías bien planeado. Edith fue la primera, ¿a que sí? Pero planeabas añadir más cromos al álbum, ¿verdad, psicópata de mierda? Lo que pasa es que eres tan torpe que te pillé en tu primer crimen, por eso no llegas ni a asesino en serie. No contabas con que las otras prostitutas apuntaran la matrícula de tu coche. Deberías haberte visto en la sala de interrogatorios, no me duraste ni un asalto.

—Ya te he dicho que he aprendido la lección. De hecho, aquí dentro he aprendido muchas lecciones. En siete años te da tiempo a estudiar varias carreras. El problema es que no están reconocidas por el Ministerio de Educación. Hay autén-

ticos maestros en enseñarte todo lo que tienes que saber para evitar volver a prisión. Demasiada teoría, tengo ganas de salir y empezar con las prácticas.

—Le robaste la vida a alguien y te gustó, cabrón asesino. Sé que volverás a hacerlo. Pero te estaré esperando. Y esta vez no voy a detenerte.

—¡Qué miedo, hombre verde! Vas a saltarte la ley. Uy, siento escalofríos solo de pensarlo. Tomarte la molestia de venir hasta aquí para amenazarme o pasarte las horas ahí fuera, sentado en tu coche, vigilando... Me parece que eres tú quien me tiene miedo: quizás temas que, cuando salga siendo un hombre libre, haga ¡buf! —los dedos de Alfredo se abrieron cuando sopló sobre ellos como un mago— y desaparezca. Putas negras hay en todas partes. Las encuentras en las esquinas de todas las ciudades. Transmiten tanta inocencia. Pobrecillas, son como margaritas silvestres. Las recoges y te las llevas a casa —mientras hablaba, el preso oscureció con vaho una parte del metacrilato y con el dedo comenzó a dibujar una margarita sonriente—. La pena es que duren tan poco, enseguida se marchitan. Es lo malo de tener que cortarles el tallo. Me ha alegrado mucho verte, hombre verde. Los guardias civiles imponéis menos desde que no lleváis bigote. Es una sugerencia que me gustaría que transmitieras a tus superiores. Sintiéndoelo mucho, te tengo que dejar. No quiero llegar tarde al taller ocupacional de teatro. El trabajador social que lo organiza dice que se me da bien la actuación, que soy un tipo camaleónico. Piensa que me puede resultar muy útil a la hora de socializar cuando salga a la calle. Adiós, hombre verde. Entenderás que no espere

volver a verte en otra parte que no sea en tu funeral. Allí, acostadito, en tu caja de madera. Como un Geyperman.

Antes de levantarse para volver a su celda, Alfredo dibujó una línea bajo la cabeza del monigote simulando un cuello. Y luego, muy despacio, pasó el dedo por encima de él, como si lo cortara.

* * *

Le gustaba llevar a su hija en coche al instituto. Ya ella también. No era una de esas adolescentes que se avergüenzan de que su padre las acompañe todas las mañanas hasta la puerta del centro y se despida con un beso. Aquello le hacía sentirse orgulloso de sí mismo. Tenía la convicción de que la estaban educando bien. Durante el trayecto, solían escuchar música. Casi siempre era ella quien elegía los temas. Rap, trap y el insufrible reguetón que él simulaba tolerar por ella, por Sara.

—¡La última canción de Bad Bunny! ¡Es la caña!, ¿verdad, papá?

—Si a ti te gusta, a mí me gusta.

Aquel recorrido juntos era el mejor momento del día. Antes de que la rutina lo devorara como a un chicle, masticándolo durante nueve o diez horas para escupirlo cuando ya hubiera extraído todo el sabor. Confinado en una oficina, condenado a la pena de pagar una hipoteca, llevando la contabilidad de una empresa que, para colmo, se dedicaba a vender material de oficina. Por más que lo pensaba, a Hidalgo no se le ocurría un trabajo más aburrido.